

# Versos de Mujer, Revelación del Ser 715

por **Sebastián Salazar Bondy**

20/1/59

Muchas veces los críticos se han preguntado si existe una literatura o una poesía propiamente femenina, es decir, si hay alguna diferencia esencial entre la creación literaria de la mujer y la del hombre. La mayoría de las mujeres que escriben, opinan que no, y se empeñan,

ronse  
al borde de tu acabamiento.  
Trajeron sus palabras de hom-  
bres  
para decir tu muerte.  
Y acordábanse de Dios, del po-  
bre Dios  
inocente.  
Junto a tu muerte rompieron,  
quemaron  
y saquearon.  
Lloraban junto a tu muerte.  
Junto a tu muerte entran y  
salían  
de sus maquinaciones...

El dolor ante la muerte no es metafísico: no se produce el estupor ante el más allá desconocido, ni se alude a ninguna trascendental perdurabilidad, y, sin embargo, hay ternura y religiosidad. ¿Símbolo de que es reparar en el tráfico del funeral y equipararlo a la quietud de los despojos? Tal vez de la femeneidad que es, siempre, presencia concreta, isla en el tormentoso mundo, raíz aferrada a la tierra, madre, como decía Unamuno, en toda situación. No en vano el poema citado resume el inútil vaivén con la palabra, que ahí es como un impacto absoluto, "maquinaciones". Es el hombre el que maquina, y no lo sabe, pero la voz femenina, materna, lo advierte.

Emerge una primera conclusión, se ha afirmado arriba, y es ésta: la compasión de la mujer es terrena —de tierra y en la tierra—, de sentimiento carnal y directo, sin sueño ultramundano. Una suerte de mística, cuyo objeto es humano y que ilumina la humanidad del hombre —valga la redundancia— revelándola. Aquí, en este conjunto manuscrito, hay otras pruebas de ello: una bellísima "Letanía Solar", en que la autora pide que "sea el hombre feliz con su arado, su libro, su herramienta"; una elegía ("Octubre del esposo muerto"), en la cual se alude a la ilusión de salir al sol, inocentemente, para asombrarse "de aquel escarabajo pequeño y tan perfecto"; una página cuyo reclamo es "ser feliz perfectamente" para "saludar complaciente a todo el mundo", y un cántico entusiasta que celebra el milagro que es pronunciar un vocablo y crear la realidad confiadamente. En todas estas notas líricas prevalece una idéntica entrega al mundo inmediato, corpóreo, directo, en lo que él tiene de prodigioso. ¿No es esa una verificación de mujer, a la que Chesterton loaba como el ser mejor colocado en la vida, más firmemente dotado para salvar a la humanidad masculina de sus locuras, sus paroxismos, sus banalidades insensatas?

Queda por mencionar la autora de estos versos, cuya lectu-

ra, ha conmovido al cronista. Adrede ha sido dejado al final. Es ella Matilde Mármol, poetisa venezolana que radica en Lima desde hace bastante tiempo y cuya obra se escribe aquí en íntimo silencio. Su libro "Humana Dimensión", publicado en 1956, la mostraba indagándose profundamente. Ahora ha hallado su estilo y en él ahonda, sin recurrir al disimulo de su sexo, de su ser —como suelen hacer nuestras escritoras, las de América, en un prurito de no denunciarse en su obra—, porque sabe que ser lo que se es, es la única manera de existir y crear. La mujer que trata de expresarse literariamente como un hombre siempre encontrará un hombre que se expresará como tal mejor que ella, pero ¿qué poeta puede decir lo que un corazón de mujer guarda? Matilde Mármol prueba que ese secreto es un manantial de excepcionales primicias.



por lo menos entre nosotros, en emular y sobrepasar los mejores modelos masculinos, sin reparar mayormente en que, conforme se ha dicho hace ya tiempo, en el fondo del fondo está la forma. O sea, que la expresión se nutre de la reserva espiritual de la persona. No puede estar ausente de la obra de una mujer su condición de tal. El con es común a ambos sexos, como es común a ellos todo lo que es patrimonio de la especie, pero la substancia de los frutos de uno y otro es distinta. Esto es, a lo menos, lo que se desprende de la lectura de las grandes escritoras y poetisas, llámense Sor Juana Inés de la Cruz o Gabriela Mistral, Katherine Mansfield o Simone de Beauvoir. En suma, inspiración, sentimientos, ideas, emociones, fantasía e intuición son las mismas, pero revestidas de un carácter diferencial. Tampoco, podríamos decir, de otra manera.

El cronista tiene a la vista unos poemas de mano femenina. Son algunos buenos y la mayor parte excelentes. Los que no están referidos a la persona gramatical, evidencia de su origen, denuncian también la fuente de la que proceden, la mujer de la cual son testimonio. ¿Y cómo? He aquí el misterio, el signo incógnito al que la crítica, como quedó señalado arriba, intenta despejar. Si los leemos y los releemos, en busca de la clave definitoria, llegamos a una primera conclusión. Veamos uno que se titula "Octubre Once".

Hoy vinieron. Llegaron a tu  
muerte  
Formalmente de negro sentá-